

LA VOZ QUE CRUZÓ EL SILENCIO

Los turnos de noche en el hospital eran distintos. Los pasillos quedaban en penumbra, sin apenas movimiento, una paz que a veces rompía algún ingreso urgente, un timbre insistente desde alguna habitación o el llanto ahogado de una madre buscando desahogo.

Ana trabajaba en el turno de noche desde hacía tres años. Nadie la esperaba en casa y las noches sola se hacían interminables, por eso había decidido dar el paso, decía que lo prefería porque había menos preguntas y más verdad. Y también, por lo general, menos trabajo. A las diez en punto de cada noche, al comenzar su turno, Ana revisaba los informes de sus pacientes y observaba si durante el día se había producido algún cambio, bien en su estado o en su tratamiento, luego, siempre con una luminosa sonrisa, pasaba habitación por habitación a dar las buenas noches, preguntar cómo se encontraban y si tenían necesidad de algo.

La habitación 417 estaba al final del pasillo de pediatría. Siempre la dejaba para el final. Allí dormía —o eso decía el informe— David, catorce años, desde hacía cinco meses. Una desafortunada caída de su bicicleta le ocasionó una conmoción cerebral que había desembocado en un coma. Ana entraba siempre igual, sin encender la luz, arrastrando apenas la suela de los mocasines, como si el ruido pudiera molestarlo. Comprobaba constantes, ajustaba suero, anotaba números que ya conocía de memoria. Después se sentaba en la silla junto a su cama.

—Hola, campeón —decía en voz baja—. Soy yo otra vez, la pesada de todas las noches. Cuando acabe con mis tareas volveré a verte y te pondré al día.

Nunca supo por qué le hablaba. Los médicos decían que no había respuesta, que probablemente no oía nada. Pero a Ana, la experiencia, le había enseñado que el cuerpo, algunas veces, responde a estímulos que no salen en los informes.

Cuando acababa las visitas y tareas cotidianas, volvía a la habitación de David, acercaba de nuevo la silla a la cabecera de su cama y le contaba lo que había dado de sí el día y lo que iba de noche, que si el niño de al lado no quería dormirse si no le ponían su serie de dibujos animados, que ya habían dado el alta a Laura la joven de la 412, que un celador nuevo se había equivocado de planta y había subido a pediatría a un señor escayolado, que afuera había llovido a mares, que no entendía porque la gente negaba el cambio climático, ...

Algunas noches, llevaba un libro, y leía en voz alta, como si quisiera hacerlo participe de la historia. Otras, simplemente se quedaba en silencio, sosteniéndole la mano.

Los padres de David ya no iban por la noche. Al principio sí, se pasaban las veinticuatro horas a su lado, esperando el milagro. Luego empezaron a ir solo por el día. Después, las tardes. Unas horas. Ana no los juzgaba, sabía que hay dolores a los que no se puede uno enfrentar durante mucho tiempo. Ella, sin embargo, sí podía. O al menos eso creía.

Pero aquella noche de septiembre era distinta. Era su última noche en el hospital. Cuando acabase su turno, pasaría por el despacho de la supervisora y luego por administración para firmar su jubilación. Nadie lo sabía. No quería despedidas ni

grandes palabras. Su idea era marcharse como había trabajado toda su vida, sin hacer ruido.

Cuando a su turno, su último turno, le quedaba poco para finalizar, entró en la habitación 417 más despacio de lo habitual.

—Bueno, David... hoy es un día especial para mí. —susurró—. Hoy me despido, siento hacerlo sin poder tener una conversación contigo.

Por primera vez no sacó un libro, ni habló del tiempo ni del hospital. Se sentó y se limitó a mirarlo. El respirador marcaba su ritmo constante, ajeno a todo. Ana notó algo que no esperaba, angustia, una angustia que le oprimía el pecho. No por él. Por ella. Después de meses siguiendo esa rutina vinieron a su cabeza como serían sus noches a partir de ahora, lo vacías que quedarían. Y como se resolverían las dudas que la asaltaban

¿Qué pasaba con todas esas noches compartidas si nadie las recordaba?
¿Si no habían servido para nada?

Le acarició el pelo con cuidado.

—Quería decirte... —tragó saliva— que ha sido un placer cuidarte. Aunque nunca llegues a saberlo. Ojalá un día despiertes, y aunque no recuerdes, ...

Las palabras se le rompieron en la boca. No lloró. Nunca lloraba allí. Pero dejó de hablar. Sintió un nudo en la garganta. Durante un momento, la habitación se llenó de silencio, como si todo se hubiese apagado alrededor. Se levantó, lo besó en la frente y salió de la habitación sin mirar atrás, no quiso volver la vista hacia la cama. Dirigió sus pasos hasta el control de la planta, recogió sus pertenencias y sin hablar con nadie se adentró en el despacho de la supervisora.

Después de un día entre ventanillas y despachos la noche se presentaba distinta por primera vez en mucho tiempo. Con la luz de la mesilla encendida y los ojos abiertos, intentaba pensar en las gestiones pendientes, pero una imagen venía constantemente a su cabeza, David.

Al final la venció el sueño, no recordaba la hora.

Poco a poco los días fueron pasando y la imagen de David se fue desvaneciendo.

Pasaron años. Ana envejeció sola, como había vivido.

Ya con 75 años, un cólico la obligó a ingresar en la planta de digestivo, habitación 214, aquella tarde un enfermero que la había visto sola cada día desde su ingreso, se sentó a su lado. Antes de hablar, miró el cartel que colgaba sobre su cama, donde ponía su nombre.

—Hola Ana, ¿quiere que le lea algo... o que hablemos? —dijo suavemente.

—¿No tienes trabajo? —respondió Ana.

—A estas horas la planta se queda tranquila, hasta la cena, los compañeros aprovechan para charlar y tomar café. A mí me gusta aprovechar este tiempo en algo que me llene un poco más.

Ana, lo miró con atención, lo entendía perfectamente, durante años esa había sido su manera de actuar.

—Y, esto, ¿por qué lo haces? — preguntó.

—Es una larga historia.

—Tiempo es lo que me sobra— dijo ella, acomodándose un poco mejor en la cama.

El enfermero respiró hondo antes de comenzar.

—Hace diez años tuve un accidente con una bicicleta. Estuve seis meses ingresado en este mismo hospital, en coma. Había una enfermera... nunca llegué a conocerla. Venía cada noche, cogía mi mano. Algunos días me leía, otros, simplemente hablaba. Noche tras noche. Hasta que una noche dejó de venir. Me quedé con el pesar de no llegar a conocerla, y decirle que, aunque ella no lo supiera, yo la escuchaba, no podía hablar, ni moverme, pero oía. Cuando desperté, me dijeron que se había jubilado.

A medida que el enfermero hablaba, el rostro de Ana fue cambiando. No pestañeaba. Los ojos se enaguaron despacio, sin apenas darse cuenta.

—Cuando me recuperé, y ya me planteé que camino seguir —continuó él— supe que, gracias a ella, decidí estudiar enfermería. Su manera de cuidar, su entrega... fue lo que me trajo hasta aquí.

En ese momento a Ana ya se le había escapado una lágrima, silenciosa.

—Perdona —dijo al cabo de un instante—, ¿cómo dices que te llamas?

—David —respondió él—. Mi nombre es David.

En ese instante el busca de David sonó. Se disculpó con Ana en voz baja y salió de la habitación. En cuanto él cruzó la puerta, las fuerzas la abandonaron y ya no pudo contener las lágrimas. Nunca había llorado allí. Siempre había sabido contenerse. Pero esta vez no pudo. Algo profundo de su pasado se había abierto dentro y ella no deseaba otra cosa que dejarlo salir.

PACO TOPAS.